

OMAR SAIF GHOBASH

CARTA

A UN

JOVEN

MUSULMÁN

Seix Barral



Seix Barral Los Tres Mundos

Omar Saif Ghobash

Carta a un joven musulmán

Traducción del inglés por
Ramón Buenaventura

Título original: *Letters to a Young Muslim*

© Omar Saif Ghobash, 2016

Publicado de acuerdo con Picador, Nueva York

© por la traducción, Ramón Buenaventura, 2017

© Editorial Planeta, S. A., 2017

Seix Barral, un sello editorial de Editorial Planeta, S. A.

Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)

www.seix-barral.es

www.planetadelibros.com

Diseño original de la colección: Josep Bagà Associats

Primera edición: octubre de 2017

ISBN: 978-84-322-3299-2

Depósito legal: B. 20.391-2017

Composición: gama, sl

Impresión y encuadernación: CPI (Barcelona)

Printed in Spain - Impreso en España

El papel utilizado para la impresión de este libro es cien por cien libre de cloro y está calificado como **papel ecológico**.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47..

LAS PREGUNTAS QUE TE PLANTEAS

Habibi Saif:

A menudo me preguntas por qué estoy escribiendo un libro, y de qué trata. Unas veces te digo que lo estoy escribiendo para ti, otras que para los musulmanes jóvenes como tú. Te veo crecer y pienso en los desafíos que has afrontado y los que te esperan. A veces sé que estoy escribiendo esta serie de cartas para mí mismo.

Recuerdo cuando te diste cuenta de que eras musulmán. Eras muy pequeño. Eras tierno, redondito, afable. Fue durante un acto escolar. Tus colegios hasta entonces habían sido exclusivamente de habla inglesa, y sus alumnos procedían de más de cien países distintos. Un día, los estudiantes tuvieron que identificar su religión, y volviste a casa «percatado» de tu identidad religiosa. Te la tomaste muy en serio. Empezaste a preguntarme qué era lo que tenías que hacer para ser musulmán. Te expliqué como pude el simple dato de que el Señor de los Cielos, creador del mundo, se llama en realidad Alá y hace cientos de años nos envió a su mensajero, Mahoma, con el Corán. Te dije que rezábamos cinco veces al día y te recordé el Ramadán, cuando nos pasamos el día

sin comer, hasta la noche. Pronto empezaste a volver del colegio explicándome lo que yo tenía que hacer para ser un «buen musulmán». Al parecer, tu profesor de árabe y su colega el profesor de estudios religiosos tenían una idea mejor de lo que significaba ser musulmán. Te volviste un poco agresivo y yo empecé a darme cuenta de que tu madre y yo no éramos los únicos que estábamos educándote. Vi que teníamos competencia por tu atención. Me entró el pánico. Te imaginé fugándote a Siria para combatir en una guerra en la que se aprovecharían de tu buen natural. Te vi cortando con nosotros, con tu familia, porque no éramos suficientemente estrictos como musulmanes, según los criterios que habías tomado de tus profesores, por llamarlos de alguna manera. Me entraron muchas ganas de plantarme en tu colegio y pegarles un buen puñetazo y decirles que no tenían derecho a enseñarte esas cosas. Lo que hice fue hablarlo muchas veces y en gran profundidad con tu madre. Ella es siete años más joven que yo y se crio a tres manzanas de donde yo vivía con mis hermanos. A diferencia de mí, sus padres son de la misma localidad de los Emiratos, Al Ain. Su formación fue más uniformemente árabe y musulmana de lo que pudo ser la mía, dado que mi madre es rusa y descende de sacerdotes ortodoxos. Tu madre también había pasado por experiencias similares. Lo sé porque fuimos al mismo colegio. Formalmente, no era que nos enseñasen a odiar a ciertos grupos de personas. Eran los comentarios que de pronto soltaban los profesores, o los chismes que se hacían en el recreo sobre los judíos o la secta chiita del Islam. Se suponía que tenías permiso para condenar a personas que no conocías de nada y que nunca habían hecho nada malo. Tu madre, lo mismo que yo, había tomado la firme deci-

sión de no tolerar que se educara a nuestros hijos en el odio.

Uno por uno, fuimos hablándote de las personas a quienes se suponía que «debías odiar». No había razón para odiar a nadie. No hay razón para reaccionar con odio ante el mundo que nos rodea. Has de comprender que otros están tomando tus decisiones por ti cuando te dicen a quién debes odiar. Es una decisión que debes tomar tú, y el único modo de que puedas hacer del mundo un sitio mejor es practicando lo contrario de odiar. Es amando. No fue fácil hacerte cambiar. Tus profesores habían hecho bien su trabajo. Ello nos reafirmó en nuestra decisión de recuperarte. Acabaste volviendo con nosotros y decidiendo que el odio era innecesario e injusto. Aunque es en realidad otras muchas cosas.

Celebré recientemente mi cuadragésimo tercer cumpleaños. Llevaba mucho tiempo esperando este aniversario en concreto. Desde los diecinueve. Ambos años fueron de enorme importancia para mí mientras iba creciendo y madurando. Como sabes, tu abuelo, Saif, mi padre, murió en un ataque terrorista en 1977. Tenía cuarenta y tres años cuando murió. Cuando tenía tu edad, yo pensaba que cuarenta y tres años eran muchos años. Ahora que los he rebasado, tengo la sensación de que mi vida acaba de empezar. Antes de seguir, deja que te explique por qué los diecinueve fueron tan importantes para mí. A los doce años supe que el hombre que había matado a mi padre tenía diecinueve años cuando hizo lo que hizo. Diecinueve. A los doce años me pregunté si a los diecinueve sería capaz de matar a un hombre. Esperé a cumplirlos y me hice la pregunta. La respuesta fue no. De ningún modo. Nunca en la vida empuñaría una pistola o

un fusil para pegarle un tiro a otro hombre. Me sentí como si aún tuviera doce años.

Esperé con impaciencia que me llegaran los cuarenta y tres años, sabiendo que me preguntaría si podía concebir que mi vida terminase a esa edad. El día de mi cumpleaños experimenté el horror de no haber hecho sino arañar la superficie de la vida. Recuerdo haber pensado en el poco tiempo que había pasado contigo. Recordando a mi padre, imaginé el horror que debió de sentir cuando comprendió que la vida se le escapaba. Ni yo ni mis hermanos, tus tíos y tu tía, habíamos cumplido los diez años cuando murió tu abuelo. Ahora te miro y sé que paso mucho más tiempo contigo por este miedo, y que ni siquiera eso basta.

Escribo este libro para ti porque quiero que tengas un pedazo de papel que seguirá ahí cuando yo ya no esté. Quiero ofrecerte el amor y la guía que ojalá mi padre hubiera podido darme cuando yo tenía tu edad, o algo más. Te escribo estas cartas porque quiero que tengas una idea de las preguntas que habrás de plantearte, y de algunas de las respuestas que hay por ahí. No quiero que lo oigas de otras personas. No quiero que recibas las lecciones más importantes de la vida de personas que no te aman por encima de todo. Quiero que oigas estas lecciones de la persona que te ama por encima de todo. Si piensas que me preocupo demasiado por ti, has de saber que tú eres lo único que me preocupa.

Quiero que sepas en qué cosas creo ahora, tras más de treinta años de reflexión sobre la muerte de mi padre. Su muerte me obligó a buscar respuesta a un montón de preguntas difíciles, contribuyendo así a conformar mi visión del mundo.

En estas cartas te contaré cómo veía yo el mundo

cuando era joven, cuando tenía tu edad y un poco más, y por qué veo que ahora te están ocurriendo a ti cosas similares. Quiero que sepas que las preguntas que te planteas, y las soluciones que descubres, o que te proponen, son las mismas a que muchos hubimos de enfrentarnos.

LA ZONA GRIS

Habibi Saif:

Estás criándote en un mundo radicalmente distinto del mundo de los setenta y los ochenta en que yo me crie, a pesar de que solo soy unos veinte años mayor que tú. Tú, en el mundo de hoy, tienes acceso a toda la información que quieras sobre las más oscuras ideas, hechos, movimientos. A ti y a mí nos abruma la cobertura mediática del Islam y de los musulmanes, mezclada con la constante referencia al terrorismo y a la violencia de inspiración religiosa. Te resulta difícil ser musulmán y vivir en sociedades que parecen integradas por individuos solitarios, hoscos y aislados.

¿Qué significa esto?, ¿qué objetivo tiene? Cuando piensas en la historia de que formas parte, la historia de tu joven religión con un Profeta bendito llamado Mahoma, que incendió el mundo con la revelación divina de que era portador, es difícil aceptar la trivialidad del mundo en que vives. Están, claro, las maravillas tecnológicas que nos llegan casi a diario. Estas tecnologías nos intrigan y entretienen, satisfacen tu día a día, llenándolo de actividad; pero también consumen tu tiempo, aunque estén ahí

para servirte. Las tecnologías que nos rodean parecen liberarnos, pero existe la irritante duda de que nos hayan esclavizado, apelando a nuestros más volanderos caprichos. Está la vacía agitación eléctrica que nos queda tras pasar un día conectados, mirando *posts*, buscando información, de la que luego nos desvía el seguimiento de otros artículos interesantes. Puedes hallar compensación visitando algunas de las webs musulmanas. Miras, escuchas, lees, absorbes. Occidente ofrece tentaciones, tanto físicas como morales. Se adora la libertad y tu cuerpo es tuyo para hacer con él lo que quieras. Los eruditos islámicos de internet, los ulemas, «los que poseen el conocimiento», tienen una visión del mundo centrada en el Islam y los musulmanes, una visión en que los musulmanes fijan la agenda, ejercen el poder, desarrollan tecnologías, deciden los resultados. Los ulemas de internet tienen planificado el modo en que todo sucederá.

Te cuentan que ser el que mejor lo hace es inherente a nuestra religión. Todas las normas que conocemos están escritas para una sociedad islámica que domina a las demás o que por lo menos las mantiene tranquilamente a raya, a distancia. Te dejaremos en paz si eres pacífico; si no, ten cuidado. El Islam fue dominante desde el momento en que el Profeta Mahoma convirtió a los habitantes de La Meca al Islam hasta el establecimiento de un imperio islámico que se extendía desde el océano Atlántico hasta Asia Central. ¿Por qué no podría ser así otra vez? De la población global de 7.000 millones de personas, 1.700 millones son musulmanes. No faltan los estudios en que se nos dice que el Islam es una religión joven y que está propagándose más rápidamente que ninguna otra.

Determinadas corrientes dominantes del Islam exigen que este se sitúe en el centro de la política mundial.

Y se supone que tú estás obligado a ser su servidor. ¿Por qué? Bueno, pues porque tenemos una serie de voces bien fundadas y convincentes que se pasan los días diciéndonos que el Islam está siendo atacado y que tenemos que pasar a la ofensiva. ¿Es ese el caso? No lo creo. Son voces estridentes que expresan una visión distorsionada del mundo y que se las han apanado para conseguir fondos y credibilidad.

Te dicen que el único modo de que el Islam obtenga su posición dominante y decisiva es que los musulmanes seamos verdaderos musulmanes. Esta idea es también muy simple. Te dicen que no eres suficientemente cumplidor y que solo cuando lo seáis tú y todos los que te rodean podrá florecer el Islam. Es culpa tuya que el Islam se halle en tan degradada y miserable situación. Te muestran vídeos de YouTube con valientes muyahidines afganos luchando contra el poderío del ejército soviético en los años ochenta. Te enseñan vídeos, con mejor resolución, de la guerra de Bosnia en los años noventa. Otros vídeos más recientes y más impactantes proceden de las secuelas de la invasión norteamericana de Iraq en 2003, donde pueden verse suicidios por bomba acompañados de potentes *anashiid* (cánticos religiosos). Te dicen que esos son los auténticos musulmanes. Estos jóvenes mártires están ahora aposentados en el cielo, por haber hecho el mayor de los sacrificios por el Islam. Son el modelo a emular, pues ¿qué puede haber de más desinteresado, noble y moral que dar la vida por la mayor gloria del Islam?

La última monstruosidad de Oriente Medio se presenta en todo su esplendor: la destrucción del pueblo sirio a manos del régimen ateo, *kafir*, *baathi*, de Bashar al-Assad. Tú eras muy joven en 2011, cuando empezó la llamada Primavera Árabe. Supiste que algo estaba pasan-

do. Te llegaban imágenes de manifestaciones multitudinarias en las plazas mayores de algunas capitales árabes. Eran revoluciones. Túnez fue el primer país en ceder a las manifestaciones. Su presidente se dio a la fuga. Egipto también tuvo una revolución y su anciano presidente fue arrestado y encarcelado. El líder libio fue perseguido por las calles y ejecutado de un modo horripilante. Yemen, en principio, se desarrolló con menos violencia. Y luego todas las miradas se posaron en Siria. El pueblo sirio se manifestó, se echó a la calle a bailar y exigió cambios.

Luego vinieron el encarcelamiento, la tortura y la muerte de niños sirios. Devolvieron los cadáveres a sus familias. Cada vez se cometían más actos de violencia contra los manifestantes sirios. Tú has crecido viendo reportajes diarios sobre las muertes en Siria.

También sabes que la destrucción de Siria y las fuerzas radicales que operan en el norte del país e Iraq han dado lugar a una gran migración de refugiados a Turquía, y luego a Europa. Inicialmente, los europeos acogieron a estos refugiados con los brazos abiertos. Había otros refugiados ya instalados en enormes campos en Líbano, Turquía y Jordania. Esta nueva ola de refugiados atravesó Europa con la esperanza de una vida mejor de la que era posible en Oriente Medio o el norte de África. Como musulmanes, vemos a esos refugiados jugarse la vida y la integridad física, huyendo de sus lugares de origen. De hecho, lo que intentan es escapar de países y territorios musulmanes. Los debates que están produciéndose en Europa han ido de la apertura teórica a la cólera dura y al pánico ante las consecuencias de la entrada en masa de personas. Como musulmanes, nos molesta que nuestros compañeros musulmanes ya no sean bien recibidos en Europa. Pero como musulmanes también hemos de plantearnos la cuestión

de por qué se están desmoronando los países de Oriente Medio, de Afganistán a Libia.

Tú sabes que parte de mi trabajo tiene que ver con Siria. Y me preguntas cuándo va a terminar. Pareces pensar que el mundo ha abandonado a los sirios a su propia suerte. Aquí, los vídeos de niños musulmanes torturados y mutilados son incontables. El agravio que experimentas es completamente racional y está justificado. Los crímenes que se cometen contra los inocentes y los indefensos son condenados por todo el mundo, en todas partes. Pero nadie parece estar haciendo nada al respecto. ¿Quién va a poner fin a esta carnicería? Todos los días, en el mundo árabe, en Europa y en Estados Unidos, te dicen que los gobiernos no pueden hacer nada ante las fuerzas económicas globales, o el cambio climático, o el extremismo. Los gobiernos no van a hacer nada porque no quieren o porque no pueden. De modo que solo quedas tú. Y ¿qué puedes hacer? Eres el único que posee un ápice de moralidad. Tú eres el único que parece capaz de distinguir el bien del mal, lo justo de lo injusto. Hay por el mundo otros como tú. También ellos padecen el agravio. También se sienten impotentes cuando ven el modo en que la gente parece encogerse de hombros ante la noticia de la última atrocidad, y siguen con sus triviales vidas sin inmutarse. Restaurantes de comida rápida, espectáculos de televisión, Facebook e Instagram. Te deja perplejo el modo en que la gente parece más interesada en los pequeños detalles políticos del Congreso estadounidense y de la Unión Europea que en las grandes cuestiones morales del siglo XXI. Tú, como, en general, todos los seres humanos, tienes la imperiosa necesidad de hallar sentido en el mundo que te rodea. Puede ser un proceso doloroso, pero hay luz al final de este túnel de inquietud, angustia y

dudas sobre uno mismo. ¿Es posible que los ulemas de internet —o los eruditos religiosos del Islam— tengan razón? ¿Es posible que ellos sean la viva encarnación de lo que el Islam puede ser y debería llegar a ser? El camino está despejado, el lenguaje es directo y simple. Eliminado por completo el desorden de la vida moderna, el camino se abre ante ti, lleno de significado y de propósito.

Cuanto más lo consideras, mejor identificas lo que tiene sentido. Estáis todos dando el salto a una gran civilización. O por lo menos a una civilización que antaño fue grande y que debe volver a serlo.

Pensáis que vuestros padres son incapaces de comprender los problemas que se os plantean. Viven en un mundo diferente. Están satisfechos con el trabajo enajenante y rompedor que realizan. Están aislados e impotentes ante las tecnologías y las fuerzas económicas. ¿Pueden siquiera considerarse buenos musulmanes? Os avergüenza pensarlo, pero no lo podéis evitar: vuestros padres son unos cobardes que se niegan a plantarle cara al mundo. No son tan buenos musulmanes como vosotros creáis. El Islam tiene sus exigencias y sus derechos sobre nosotros. Hemos de ser buenos, y ser buenos significa vivir según las exigencias del Islam. ¿Qué están haciendo vuestros padres? Nada. Sueltan exabruptos cuando les llegan las noticias, y siempre están cansados e irritables. No tienen ninguna respuesta convincente para vuestras preguntas. De hecho, no solo no están viviendo según los muy claros y muy sencillos preceptos del Islam, sino que también son unos dinosaurios sin papel que desempeñar en esta vida. Los queréis, pero están fuera de la gran batalla del Bien contra el Mal.

Llega un momento en que no tenéis más remedio que platearos una pregunta clave. Si verdaderamente quieres

ser un buen musulmán, un musulmán como es debido, un verdadero musulmán, has de vivir como tal. ¿Qué modelos podéis seguir? De hecho, el modelo está ahí mismo, lo tenéis delante. Es el modelo del Profeta Mahoma. Se te dice que lo emules. En todos los aspectos. Es algo noble y honrado. La idea de seguir el ejemplo de una figura histórica buena y noble no tiene nada de raro. De hecho, en el colegio, en el trabajo, en los negocios, te hablan de modelos que imitar: científicos, actores, cantantes... Entre todos los modelos que se nos ofrecen a los musulmanes, el mejor es el Profeta Mahoma.

Afortunadamente, hay una larga tradición que destaca determinados hechos y dichos del Profeta, lo cual te permite acomodarte con facilidad. Algunas de estas exigencias pueden parecer muy fuertes, como, por ejemplo, la necesidad de distanciarte por completo tanto de los no musulmanes como de los musulmanes que no cumplen rigurosamente las normas. Sin embargo, tú mismo no tardarás en unirte a otros en tu asombro ante el hecho de que fulano de tal haya hecho un chiste aparentemente inmoral, o de que otro musulmán haya sido visto de paseo con una joven que no es pariente suya. ¿Qué están haciendo?, os preguntáis. Y llegáis a la conclusión de que no pueden estar haciendo nada bueno. Somos muy rápidos y muy simples juzgando a los demás. ¿Por qué? Porque tú vives tu vida musulmana según unos criterios morales tan elevados que todo lo que te rodea te parece ritual y moralmente incorrecto. Descubres que estás viviendo en un mundo contaminado, necesitado de una limpieza radical.

Tienes una sensación de paz y equilibrio cuando te unes a la plegaria común del amanecer, o después del trabajo, y sobre todo los viernes, cuando participas en nuestra plegaria común y preceptiva de la semana. Sientes

miedo cuando termina el sermón y cuando la plegaria breve toca a su fin. Todos sabemos que la mezquita es un lugar acogedor y comunitario. Cuando estamos apartados de las sociedades islámicas tradicionales, percibimos la hermandad y nos sentimos identificados al congregarnos en una mezquita. La mezquita, en los lugares apartados, es un lugar de reunión, un refugio, un sitio en que acomodarse con la comunidad y con Alá. Los mejores momentos son el sermón de los viernes y la plegaria común. Es entonces cuando hay más fieles en la mezquita, cuando resulta más acogedora. En cuanto pasan estos momentos, sabes que vas a encontrarte de nuevo a la intemperie o en las calles oscuras, sintiéndote un poco perdido y un poco solo. Hay un vacío mientras va pasando la semana hasta que llega el viernes. Puedes consolarte escuchando las cautivadoras lecturas del Santo Corán que tienes a tu libre disposición en internet.

¿Qué tiene de especial la lectura en voz alta del Corán? El ángel Gabriel reveló el Corán al Profeta Mahoma recitándole los versículos y haciendo que se los aprendiera de memoria. Tú ves el Corán como un libro encuadernado en cuero con una caligrafía maravillosa, pero de hecho el Corán está concebido para la recitación o lectura en voz alta. Hay normas sobre cómo debe leerse en voz alta. El modo en que se recita ahora es el mismo en que el Profeta lo recitaba hace más de mil cuatrocientos años. De hecho, los lectores de hoy pueden rastrear su conocimiento por medio de sus maestros, siguiendo una cadena de personas que se remonta hasta el Profeta. Así pues, lo que oyes hoy es un modo de recitar que viene preservándose desde hace siglos. La calidad de la recitación puede variar, porque depende de la voz y de la edad del lector. Es como ser músico. Un lector puede ser dueño de una

técnica magistral, pero también puede faltarle pasión, profundidad emocional. Tú tienes tus preferidos. A mí, la lectura que más me gusta es la de Al Sudais, el imam de la Santa Mezquita de La Meca. Puedes estar horas escuchándolo, percibiendo la emoción de su amor por Alá y su Mensaje. Entre sus lecturas hay grabaciones hechas durante las plegarias vespertinas de Ramadán. En ellas, a veces rompe a llorar, por la emoción del recitado. Otros lloran con él.

Las recitaciones te recargan. Desembocan en un río profundo de emoción y energía. Sales agotado de la escuela. Yo también. A veces pienso que debería limitarme a escucharlos durante una hora a la semana o una hora al día. ¿Por qué? Quizá porque la intensidad resulte excesiva. Contrasta con el mundo exterior. A veces no logro recuperar el equilibrio. El paso de la belleza del mundo espiritual a la fealdad del mundo exterior me deprime. Puede que a ti te pase lo mismo. Ya conoces la hermosa historia de Yusef, o José, cuyos hermanos estaban celosos de él y lo arrojaron al fondo de un pozo, abandonándolo a su suerte. Es uno de los capítulos preferidos del Corán, por lo gráfico del relato. Oímos cómo lo rescatan —para someterlo a esclavitud— y averiguamos que las mujeres de la corte del faraón se hacían cortes en las manos, sin querer, porque las distraía la belleza de Yusef. Percibimos la injusticia de que ha sido víctima, y nos encanta el giro que su vida experimenta. Lo nombran consejero del faraón y se reúne con su padre.

Hay capítulos del Corán que nos impresionan por sus llamadas a la reflexión y a la contemplación del universo que nos rodea —las montañas y los mares, las estrellas y el sol en lo alto—. Y, sin embargo, otros versículos llaman a los fieles a derrotar a sus enemigos.

En conjunto, entre los versículos de contemplación filosófica y espiritual y los versículos normativos y de acción, salimos con la sensación de percibir el poder y la sabiduría de Alá, y también con un renovado sentido de la unidad de la comunidad musulmana.

El efecto retórico y el ritmo expresivo crean una sensación de paz y de asombro reverencial.

Te haces acusadamente consciente de la disonancia entre lo que acabas de experimentar —la palabra de Alá, que no ha cambiado ni se ha corrompido en mil cuatrocientos años— y lo que te rodea: basura en las calles, miradas torvas de desconocidos, alborotos nocturnos, vacías conversaciones sobre deportes, el mercado inmobiliario y los políticos corruptos. El Corán aporta un punto de referencia estable en un mundo de cambios, confusión y turbulencia. Conocemos el modo en que, generación tras generación, los musulmanes han estado atentos a que no cambiara ni una sola palabra, ni una sola vocal del texto. El texto se ha mantenido sin alterar y perfectamente preservado durante siglos. Es un punto estable del universo al que los musulmanes podemos asirnos. Ello nos otorga una sensación de solidez y de certeza.

¿Qué mejor situación que el calor de la plegaria, la comodidad de la recitación, la certeza del valor moral? Mi generación también conoce estos sentimientos. Fueron mis mayores quienes partieron hacia Afganistán en los años ochenta a pelear en una guerra santa de yihad contra los ateos invasores soviéticos. En 1978 había accedido al poder en Afganistán un líder prosoviético, que empezó a introducir grandes cambios en la sociedad afgana, en el erróneo convencimiento de que ello contribuiría al desarrollo del país. Los afganos son muy tribales y muy devotos musulmanes. Los cambios que se introdu-

ieron fueron excesivos. La Unión Soviética envió asesores, porque tenía grandes extensiones de frontera con Afganistán. Luego envió al ejército soviético y se vio atrapada en una guerra que se prolongó de 1979 a 1989. En 1980, los países musulmanes del mundo condenaron la invasión soviética y emprendieron la planificación de acciones de apoyo al país musulmán de Afganistán. Numerosos jóvenes musulmanes del mundo entero empezaron a organizarse y a acudir a Afganistán. Ellos y sus hermanos afganos se dieron a conocer como muyahidines, del término *yihad*. *Yihad* es una palabra que también puede significar «guerra santa». Yo era demasiado joven para ir, pero no para apoyar con todo entusiasmo a nuestros bravos guerreros.

El mundo estaba netamente escindido entre lo permitido y lo no permitido. Una vez más, abundan los paralelos con el mundo digital, binario, del siglo XXI. Algo es bueno o no es bueno, 1 o 0. Nuestra ética musulmana refleja tradicionalmente este planteamiento. Simplicidad. Buscamos un muftí —persona autorizada para crear normas y aportar juicios o consejos en materia de religión— que tenga las credenciales correctas, y le solicitamos opinión, directamente o por escrito. Hay veces en que el muftí parece hablar de asuntos que no son relevantes. Quizá sí sean relevantes y somos nosotros quienes estamos enfocando nuestra atención en las cuestiones equivocadas. En todo caso, habrás encontrado una autoridad religiosa sabia y cualificada, que sabe de qué está hablando. Con el tiempo, de él aprenderás cómo ser un buen musulmán.

Muchas veces, este planteamiento binario parece más apropiado para otros lugares y otros momentos. A veces te preguntas si no habrá otro modo de que los mu-

sulmanes podamos ser buenos musulmanes e interactuar impecablemente con el mundo multicultural, multicolor y multifragmentado en que de hecho vivimos. Sé que es enfrentarse a la incertidumbre. Es más difícil para vosotros, en el mundo actual, de lo que fue para mi generación. Nosotros teníamos menos cosas de las que no estar seguros. Muchos de nosotros estamos ya inmersos en la rutina. No nos costó trabajo apartar de nuestras mentes un poco de incertidumbre. Pero tú y todos los de tu generación tenéis que formaros vuestras propias ideas y vuestra propia aproximación al mundo. Vuestro mundo es más complicado, más volátil, más impredecible. ¿Por qué es así? La respuesta más sencilla es que el mundo se abre hacia ti por la tecnología. No hay paredes, no hay vastos espacios abiertos donde nada ocurre —como los había hace solo unos decenios—. Esa es la razón de que muchos de vosotros y de vuestros amigos tratéis de aferraros a cualquier certidumbre que podáis encontrar. La necesidad de saber que algunas cosas son ciertas es un instinto humano. Es el deseo de certeza. Así es como nos orientamos. Así es como nos marcamos una dirección y nos protegemos. La certeza es una coraza mental que aleja la duda. El mundo en que vosotros vivís es diferente, porque la construcción de la certeza requiere más tiempo, más conocimiento, más experiencia y más confianza que nunca. Todos los chicos y chicas de vuestra generación estáis en la misma posición, desde lo más profundo de África hasta las ciudades de América del Norte.

Antes tenías amistades del sexo opuesto. Ahora te enseñan que los sexos deben estar separados. Así no hay posibilidad de relaciones ilícitas —es decir: de sexo extramarital—. Al principio te sorprende un poco que se dé por supuesto que los hombres y las mujeres van a poner-

se a practicar el sexo tan pronto como entran en contacto. Quizá sea cierto. Te preguntas si esta segregación tan estricta no planteará otros problemas. Hay rumores de homosexualidad rampante en sociedades tan segregadas que los sexos opuestos jamás tienen oportunidad de relacionarse como lo hacen en el liberal y «decadente» mundo occidental. Tus amigos de países estrictamente islámicos parecen quitarse un peso de encima cuando están de vacaciones en algún lugar de Occidente. Respiran mejor y parecen más interesados en pecar que en rezar.

Tienen anécdotas que contarte sobre el Islam estricto. Anécdotas sobre el modo en que se hacen cumplir las normas. En algunas sociedades musulmanas estrictas, la oración no es opcional sino impuesta a palos. En algunas sociedades musulmanas estrictas, los hombres han de llevar barba por miedo al castigo o incluso la muerte, en algunos casos, y las mujeres han de cubrirse contra su voluntad. Pero son cosas que no quieres oír, que no quieres creerte. El Islam que tú conoces es fuente de tranquilidad y de seguridad. Es bueno y simple. Esa gente no sabe de qué religión está hablando.

Más adelante trataré de contestar la pregunta de qué es lo más ético, tener un sistema islámico estricto o una comunidad islámica psicológicamente saludable. Esta pregunta tardó años en madurar dentro de mi mente, pero creo que es importante que tú y tus amigos os la planteéis antes de juzgar a los demás.

Luego, también surgen otras cuestiones, de vez en cuando, sobre temas como la esclavitud y el botín de guerra. ¿Qué sentido tienen estos temas en el mundo en que vivimos? ¿Qué pasa con la asombrosa violencia que se practica en nombre del Islam en el mundo entero? Sobre todo en los países musulmanes.

El Islam es una religión de paz. Eso lo sabemos seguro. Nos saludamos con la frase «*al salam aleikum*» —la paz sea con vosotros—. Todas las azoras del Corán empiezan con la fórmula *Bismil-lah ir-Rahman ir-Rahim*, cuya traducción literal es «En el nombre de Dios, el más Misericordioso, el Compasivo». A veces pronunciamos estas mismas palabras al emprender alguna acción, como un viaje o una charla.

Así pues, ¿qué clase de paz?, ¿y cuándo? ¿Y quién la decide? ¿Tienes tú algo que ver con esa decisión? ¿Hay que seguir algún proceso para alcanzar la decisión? Deberíamos quizá dejárselo a los sabios del Islam, los ulemas, las personas a quienes seguimos en esos vídeos de YouTube, que se dirigen a nosotros confiadamente, en voz bien alta, y que conocen las respuestas.

A la luz de los argumentos de algunos de los grupos verdaderamente radicales que hay por ahí, supongo que el Islam es una religión de paz, pero no creo que tengamos muy claro el cómo. ¿Es porque no podemos estar en paz cuando hay otros que han declarado la guerra al Islam? Este es el argumento básico de los radicales. Te lo dicen a ti, me lo dicen a mí: el Islam es una religión de paz y belleza y prosperidad, siempre que se le permita serlo. Mientras haya enemigos maquinando abiertamente, o en secreto, la destrucción del Islam, no nos queda más remedio que luchar de un modo en que el fin justifica los medios. El argumento suena bien. Y te diré que llevo oyéndolo en árabe, en diferentes formas, desde hace más de treinta años. Pero ¿no habrá algún modo distinto de plantearse? ¿Y si podemos vivir como musulmanes en paz con los no musulmanes y también con los musulmanes que se diferencian de nosotros en la forma de vida y a veces también en la fe? ¿Y si pudiéramos vivir en paz aho-

ra? ¿Cómo sería el mundo musulmán? ¿Cómo sería si no nos tuviera encolerizados nuestra posición en el mundo?

No te equivocas al pensar que si alguien va a mejorar el mundo, ese eres tú. Tengo completa fe en ti y creo que puedes. Solo quiero que consideres unas pocas cosas antes de emprender una marcha que te puede llevar por el camino equivocado. El mundo binario no es el único mundo islámico en que puedes vivir. Entre lo negro y lo blanco hay mucho más gris del que nos muestran los ulemas y otros sabios. Y en el gris es donde vas a desarrollarte, tanto en lo intelectual como en lo moral. La zona gris de incertidumbre y de duda sobre el bien y el mal es donde descubres tu propio derecho a pensar por ti mismo y a participar en la construcción de nuestro mundo ético en la práctica. Ahí es donde creo yo que podrás servir a este mundo y al próximo, siendo un joven musulmán reflexivo, éticamente bien orientado.

Hay mucho espacio en que desarrollarse como individuos, y al hacerlo podemos descubrir verdades sobre nuestras propias inclinaciones. Has de tener en cuenta que cada acción tiene su reacción. Tu perseverancia, tu bondad, tu humor crean un efecto de irradiación en nuestra cultura, tanto como tu indiferencia, tu violencia, tu negatividad. Pero para comprender al individuo musulmán es necesario empezar por la comprensión del paisaje musulmán. Abarca el mundo árabe y buena parte del sudeste de Asia, así como Asia Central y África del Norte.

ÍNDICE

- 9 *Nota del autor*

- 11 Prefacio

- 19 Las preguntas que te planteas
- 24 La zona gris
- 39 Paisajes del Islam
- 49 Riqueza, oportunidad y arrepentimiento
- 55 Fragmentos de memoria
- 62 Los límites de lo que podemos conocer
- 65 Mis primeros días oscuros
- 75 ¿Quién ha podido decirte eso?
- 79 ¿Qué es el verdadero Islam?
- 83 «El Islam es una religión de paz»
- 87 Crisis de autoridad
- 91 Responsabilidad
- 104 La perspectiva del intruso
- 116 El camino hacia el fundamentalismo
- 126 Violencia
- 133 Modelos que imitar
- 143 El desafío de la libertad

-
- 150** Nuestra compleja implicación en Occidente
155 Revelación y Razón
163 Sermones y qué esperar en la mezquita de los viernes
169 Buenas obras y malas obras
173 El Corán y la búsqueda del conocimiento
181 Cómo nos construimos a nosotros mismos y cómo construimos el pasado
190 Los hombres y las mujeres
197 La libertad de palabra y nuestro silencio interior
206 Mirando más de cerca un acertijo moral
211 El individuo musulmán
- 219** *Agradecimientos*